

Carlos Labbé
PIEZAS SECRETAS
CONTRA EL MUNDO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2014
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

© Carlos Labbé, 2014
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-84-0
DEPÓSITO LEGAL: CC-317-2013
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Para Mónica Ríos y los Labbé Jorquera

Quédense un poco.

Evangelio Copto de Tomás

Un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Una cucaracha que sube por mi pierna.

En el capítulo cuarto de *Los nueve libros*, Heródoto de Halicarnaso cuenta que el antiguo pueblo de los escitas envía como obsequio a Darío —rey de los persas que se prepara para invadirlos— un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas con que le declaran la guerra o bien que firman con él la paz. Pero ni el majestuoso rey Darío ni su corte de sabios logran descifrar el mensaje, señala Heródoto, porque no son capaces de definir si las puntas metálicas de esas flechas apuntan contra ellos o a su favor; los persas no son capaces de entender si los escitas disponen su peculiar escritura de objetos en relación a sí mismos o en el lugar de los otros. Así pierden la guerra, porque desde ese momento —como señala Michel de Certeau— «los escitas desaparecen de los lugares sucesivos en que el ejército persa intenta capturarlos. No se encuentran donde se los busca. Nunca están allí». Y el mismo Heródoto, en ese libro fundador de lo que hoy llamamos la Historia, también dirige nuestra atención a las flechas para explicar el fracaso del rey Darío entre los escitas. No se vuelve a mencionar al pájaro, al ratón y a la rana; no se dice si éstos llegan vivos donde el rey Darío, recién muertos o disecados, si son ejemplares domésticos o salvajes. La precisión

de este relato se pierde porque Heródoto tampoco se detiene a explicar que antiguamente los pueblos se escriben a través de sus animales. O que los seres humanos en algún tiempo originario se comunican por su animalidad, ya que sus lenguas son antes que nada la respiración propia confundida con la espesura. O bien que el pájaro, el ratón y la rana están ahí para decirle al rey Darío que aunque traiga a los más importantes sabios de Mesopotamia, de Palestina, del Mediterráneo, de la India y de la China nunca va a terminar de entender: sus multitudinarios ejércitos arrasan esas tierras y sin embargo no encuentran siquiera la huella del pie de un escita. Para esos sabios la expresión de lo incomprendible es el croar, el chillido y el trino. Lo que entonces y ahora importa a los historiadores son las flechas. Nada más que las flechas.

La cucaracha es una flecha viva. No emite sonido alguno. La garrapata está silenciosa ahí, ahora mismo, en los intersticios de la alfombra, de la madera, de la cerámica en este cubículo donde escribo. Cómo saber que se calla en solitario o que se comunica con otras, que esto que me pica en la pierna es sólo la tela del pantalón. O un ácaro invisible.

Las páginas de esta carpeta que paso a comentar están plagadas de pájaros, ratones y ranas, también de perros, gatos, peces. El invertebrado se asoma a cada párrafo. Se me pide en este informe leer los papeles del investigador 1.323.326, revisarlos a conciencia, explorar sus textos para corroborar que se ajusta a reglamento la acusación en su contra de perpetrar el siniestro y su inmediata expulsión sin otra prueba que lo escrito en sus papeles. Ofrezco disculpas anticipadas a la Comisión por exponer aquí cada hebra del plumaje, cada pelo de esa cola larga, la humedad completa de los poros anfibios, el brillo, las astillas: se

me pide organizar los papeles que constituyen el proyecto del expulsado, y sólo puedo hacerlo en mis propias palabras, interrumpido por las provocaciones del entorno esta noche y, como Heródoto sugiere, buscando en mi propia escritura el sentido con que fueron dispuestas las flechas para desbaratar la invasión. Confío en que el Comité me exima de la labor del historiador.

Este desbaratamiento empieza con toneladas de barro, de tierra y mugre. Mejor es empezar a leer.

Densa descomposición apretada contra el vidrio de la pantalla del televisor mudo, apenas el viento chifla lejos en la superficie y remueve sólo un gránulo de tierra azul que cae morado hacia el centro y púrpura, gris, negro el resto que se desploma sobre nuestra mirada acá en el fondo. Todo es fondo porque estamos sepultados, no podemos siquiera mover los párpados por el peso de la enormidad del suelo embarrado con pasta arenosa sobre nosotros, y se cuele hacia un mínimo espacio del oído la mandíbula de insecto en busca de eso que antes es sangre, uña, hueso, médula, las raíces del bosque se adivinan apenas con el reflejo opaco del anillo de un gusano que se abre para empujar el sedimento. Nos dan ganas de dejar el mando de control para ir a buscar un chaleco, unos calcetines, alguna frazada porque incluso si es verano tenemos frío, tiritando nuestros dedos mueven la palanca sin querer y así, de repente, nos despertamos: un crujido apenas, la fricción atroz al interior de un cuerpo aplastado que empieza a moverse; dos, tres, cuatro golpes en la negrura se amortiguan, se trizan, se muelen, algo empieza a sonar por fin y entre los terrones que caen pestañeamos con un destello, apretamos los botones instintivamente para arañar murallas cada vez más rojizas con sus tallos, piedras, bulbos entre esas uñas tan largas que tenemos. Hasta que llegamos a una luz y todo es blanco.

Con un botón cerramos los ojos por primera vez.

Con un botón los abrimos.

Nuestros huesos, que vislumbramos bajo el barro que nos carcome, se yerguen. Poco a poco se van haciendo nítidos los contornos del bosque. El día es tan diferente: nos acordamos de que las cosas tienen una forma definida contra la luz, de que el aire trae resonancia, silencio, ruido, canto, separación, frescura, perspectiva, lejanía, profundidad, sombra; allá canta un pájaro, aquí hay árboles, bichos distantes, el viento frío sobre nuestra cara. Si no apretamos botón alguno permanecemos de pie, inertes contra el bosque que se hace menos borroso, pero si movemos el mando nos daremos cuenta de que la luz y el aire se desplazan con nosotros hacia arriba, adelante y atrás, a un costado y al otro y abajo; las cosas vienen o se van porque inesperadamente saltamos, nos asimos y nos desasimos, corremos de nuevo. Pero nunca escuchamos cómo se agita nuestra respiración, porque no estamos vivos.

Y se oye un alarido, allá lejos.

Los árboles del bosque son uno solo y pasan, multitud, hasta que vemos que se hacen más verdes. Después de correr en dirección opuesta aparecen secos, les faltan ramas, su corteza supura y crecen de lado. Queda sólo la amputación de un tronco. Cada uno es tan diferente del otro que ya no estamos en el bosque. Elegimos internarnos en la frondosidad o en la variación.

Desbaratar, como esa otra palabra, malbaratar, contiene uno de los sonidos más comunes en esta ciudad noruega: la barata está aquí, en el primer párrafo del guión de videojuego que encabeza la carpeta de 1.323.326. La barata, lo barato, todos buscan lo barato. No es posible distinguir todavía quién y por qué se habla de nosotros, quién es el indiferenciado que emer-

ge desde la humedad. Hay un movimiento constante y ciego en estas páginas, un tactismo que lleva al lector siempre hacia la superficie. Hago notar la relación etimológica que guía ahora mismo lo que estoy anotando: tactismo, táctica, tacto. Tectónica. La cuestión es encontrar esa táctica, el método con que, citando al propio 1.323.326, «la mandíbula del insecto [busca] eso que antes es sangre».

Las pantallas en nuestros días son bien de uso común. Por ejemplo, en los pasajes más pobres de las comunas periféricas de Santiago —hablo de lo visto por mis propios ojos— falta la verdura y el aire limpio, pero sobran los televisores, los videojuegos, los teléfonos celulares. Se apilan aparatos obsoletos bajo otros nuevos de pantalla plana, táctil, en los basurales llamados calles donde la gente no sabe que come huevos, pupas, larvas y capullos. Todo quiere ser táctil, no comprensible. Eso busca el indiferente que nos conduce por el guión de 1.323.326, las páginas que escribe antes de ser expulsado. En el momento de correr por los bosques del lugar que llama «Albur» se enfrenta a una disyuntiva que sin embargo no puedo definir simplemente como sensorial: oye y ve, pero no toca; se agita y se mueve, pero no está vivo, dice 1.323.326. Carece del gusto, del olfato de los llamados animales superiores. Se enfrenta a las cosas en su forma, por el contorno que su naturaleza táctil repele o atrae, y en su cantidad, porque reconoce igualdades y semejanzas como un recién nacido, como un espécimen rudimentario que apenas se vale de sí mismo. Ese deseo de ir hacia lo variante o hacia lo frondoso se expresa en la decisión suya de reptar a una u otra etapa: al lago, que el lector encuentra en la PRÓXIMA PÁGINA, o al río, adonde llega si pasa a la PÁGINA 49.

El viento se hace intenso en la cara, lo sabemos porque es más lento caminar así y también porque los árboles están inclinados, porque sus ramas se azotan y se mueven dirigiéndonos fuera de la frondosidad, expulsándonos de la vegetación hasta un suelo de arena que se extiende amplio hacia los bordes, al cielo, y el tacto en nuestro pie —la rugosidad en la palanca de mando— nos recuerda ciertos sonidos mudos en alguna parte del cuerpo: arena, agua, lago. Es la arena, que se va empapando a medida que nuestros pasos se hacen más lentos porque cada grano de la superficie nos quiere detener hasta que llegamos a la orilla, todo el lago revuelto porque un bicho de alas transparentes, aguijón y cuerpo diminuto, ha rozado apenas la vastedad de su superficie antes inmóvil.

Si giramos el control de mando aparece ante nosotros una banca de piedra hacia donde podemos dirigirnos, apretar un botón para sentarnos ahí a mirar cómo el agua refleja las nubes oscuras del cielo y se vuelve verde en las orillas lejanas, para perderse entre las masas empinadas de tierra verde. Un enorme revoltijo de fierro negro, una máquina retroexcavadora —pronuncia algo dentro de nosotros, como si alejáramos con un manotazo al mismo bicho— que ha sido carbonizada y abandonada en el otro extremo de la playa contrasta con las huellas casi

imperceptibles que hay en la arena: pisadas de un pájaro que seguimos cuando apretamos el botón para volver a levantarnos, finalmente nos sorprendemos al encontrar el zorzal —sin saberlo conocemos el nombre de su especie, de todas y cada una de las criaturas— que nos mira queriendo decir algo ahí, sobre uno de los primeros maderos también calcinados de un muelle, hasta que emprende el vuelo y nos lanza un trino mientras se aleja rumbo al otro extremo de la orilla, donde el suelo se levanta, se hunde, se hace nítido porque el lecho de un río trae su caudal al lago. Por primera vez oímos un sonido articulado, la voz vidriosa del zorzal: sígueme, sígueme. Aunque las huellas de sus patas llegan hasta el muelle, su vuelo remonta el río.

La táctica no es lo mismo que el método, eso quiero exponer en este informe: el recorrido que sigue 1.323.326 en la escritura de sus papeles hasta que llega a concluir que debe levantarse de su cubículo y buscar los fósforos en la sala de cocina. El más eficaz método para limpiar de huevos, larvas y pupas es el fuego. El agua, por el contrario, arrastra todo lo que se le pone por delante, por debajo y por los costados; se infiltra en las extremidades del indiviso que guía el videojuego y lava cada rincón que haya acumulado mugre, pero también deja, bajo la catástrofe a su paso, la humedad que permite el surgimiento de capullos nuevos. El día después de una lluvia, tras la noche de marea alta o después del maremoto, vienen a una bahía como la que aparece aquí descrita bandadas de pájaros que picotean el suelo en busca de su gusanería.

La táctica en el guión de este videojuego es provocar que el lector salte desde el aquí y el ahora a una etapa lejana, y así escapar del parásito que fija sus extremidades indistinguibles sobre las suyas para aprovechar

el calor: en el texto que propongo seguir leyendo en la PÁGINA SIGUIENTE las máquinas, los fierros, los palos y los troncos ya no pueden ser corroídos, y contra ellos se frota las patas un pájaro; ese mismo pájaro prefiere volar hasta la PÁGINA 49, si elige ir a los caudales de agua que corren infestados.